

GLOSARIO DE REVISTAS

Edwin Arlington Robinson, un gran poeta norteamer- cano

En el número de la *Revue Bleue* correspondiente a Junio del presente año, publica Jules Bois un estudio sobre Edwin Arlington Robinson, a quien llama «el poeta americano (léase norteamericano) de la conciencia».

Empieza el crítico francés con una breve introducción a la vida intelectual norteamericana, y dice: «A su cabeza, muy arraigado en su país y sobre el litoral del Atlántico, donde vive, vemos a un Edwin Arlington Robinson, el más silencioso, el más discreto, el más reticente de los hombres o, cuando se ofrece, un charlador espiritual y jugoso, sin ningún rigor puritano, animado de un espíritu dionisiaco».

Cuenta el crítico su conocimiento y amistad con el poeta: «Yo he tenido durante veranos enteros el privilegio de pasar con él en Mac Dowel Colony—New Hampshire—, cerca de

la encantadora aldea de Peterborough, donde compone sus libros. Trabaja cerca de diez horas diarias en un *bungalow* campestre cuya ventana mira hacia la montaña Monaduck, musa austera que fué de Emerson, el poeta filósofo. Esta maravillosa colonia de retiro activo destinada a los «artistas creadores» está dirigida por una mujer admirable: la viuda de Mac Dowell, el Debussy norteamericano, que la fundó. Mañana y tarde, comíamos juntos Robinson y yo en el amable comedor del *Colony Hall*, que reunía a todos los huéspedes en las horas de colación. Así comenzó nuestra amistad. A menudo el poeta me leía lo que recién había escrito y así penetraba yo, galo, en el laberinto de este espíritu anglosajón».

Tras breves rasgos sobre el carácter del poeta, Jules Bois traza las líneas generales de su vida y obra: «Este meditador no vive en una torre de marfil estéril. Las cuestiones sociales y políticas, los enigmas de la

psicología moderna, los vastos horizontes de la ciencia, los múltiples matices de la cultura mundial, nada le es indiferente. En todas las cosas, su juicio es seguro; sus observaciones, llenas de una profunda originalidad».

Intentando una valorización de la actual literatura norteamericana, el crítico agrega: «He dicho, y no me desdigo, que Robinson es el más grande de los poetas norteamericanos. Charles Cestre declara que es «el maestro actual de la poesía de lengua inglesa». Su manera de ser, tan característica de su tiempo, aun cuando resucite para nosotros las hazañas y los personajes del ciclo legendario del Rey Arturo; su estilo, que no es sino suyo; su lirismo, que nunca es ficticio; su comprensión de los eternos dramas interiores, que lo arranca de lo efímero, aun cuando trata temas anecdóticos; el cuidado que pone en no repetirse jamás y en renovarse incesantemente, todo esto lo coloca en la línea de los más ilustres precursores ingleses y norteamericanos que, no obstante, él no imita».

Cita Jules Bois esos nombres ilustres: «Fuera de Longfellow, Norte América había producido ya dos genios únicos: uno, Edgardo Poe, que no tuvo igual antes de Baudelaire, y Walt Whitman, el profeta de la fraternidad universal, el sul-

tán del verso libre, que no ha encontrado émulo de su talla. La patria de estos gigantes líricos posee ahora el más intenso de los poetas y, ya que es nuestro siglo el de la psicología, el más psicólogo y el más humano de ellos, Roosevelt, le tendió su mano gloriosa y le señaló a la posteridad».

Señala Jules Bois en la obra de su poeta «una poesía poco difundida aun pero cuya alba se anuncia al otro lado del Atlántico: la poesía de la conciencia y de sus repliegues que, a veces, parecen abismos».

Inicia el crítico el análisis de las obras de Robinson con su «poema típico misteriosamente titulado *The Man who dies twice* (el hombre que murió dos veces)». Dice Bois: «Dos veces, es demasiado. Sin embargo, San Pablo ha declarado que él moría todos los días, *quotidie morior*».

Fernando Nash, el héroe de esta obra de Robinson, «no es solamente un pretexto para psico-analizar el desastre que amenaza al genio; allí se puede encontrar una lección para todos los artistas. Nacido músico de recia envergadura, Fernando acaba por tocar en la calle el tambor del Ejército de Salvación. Dilapidador de su genio, encarna el infortunio de aquellos que no han sabido armonizar los dones del cielo con la vida de la tierra. Como Esaú, han vendido su primo-

genitura por un plato de lentejas».

Fernando Nash es para Jules Bois «una figura más en la colección de aguas fuertes del poeta que forman los personajes de su *Tilbury Town*». «Esta ciudad robinsoniana — agrega — no está ubicada geográficamente en ninguna parte, ni más ni menos que «Camelot», la capital mítica del Rey Arturo o *Town Down the River*, la aldea de los artistas. Observación hecha ya por un joven poeta de Nueva York, espíritu curioso y penetrante, Herbert S. Gorman, autor de «La Barcarola de James Smith». Pero aunque *Tilbury Town* o *Camelot* no tengan existencia más que en la imaginación de E. A. Robinson, sus habitantes—reyes, aventureros, locos, bohemios, magos, coquetas—encuentran sus semejantes en la vida y, como el resto de los humanos, han marchado de la cuna a la tumba».

«No obstante—agrega el crítico completando la silueta de su autor—, E. A. Robinson no se ha limitado a esta galería de retratos maléficos y extraños. Ha evocado al dios Dionysos «nacido en la llama de una madre ardiente», lo super-consciente humano que destruye las escorias y alumbra los nobles entusiasmos. Ha abordado con un éxito por lo menos igual el estudio de estas individualidades que, habiendo seguido al

fin a su guía interior, han vencido al destino y han dejado en nuestro recuerdo una huella imborrable. Fuera de Lancelot, el melancólico y misterioso héroe que, después de su ruptura con Guinevère, tiene, como Galaad y Parsifal, la revelación largo tiempo esperada de esta Luz Espiritual—de la que la ambición y el amor lo habían alejado—E. A. Robinson nos ha hecho oír en *The Three Taverns* la voz de San Pablo, eficaz todavía a través de los siglos. Resucita también a Lázaro y nos convida, en la compañía de *Ben Jonson*, a conversar con «el hombre de Stratford-on-Avon» y creemos, en efecto, escuchar el batir de alas de la fantasía feérica de Shakespeare. John Brown, Lincoln, Aarón Burr, Alexandre Hamilton, Napoleón y Rembrandt son los fantasmas, históricos y no ya legendarios, a los que este mago del verbo da una nueva vida, real y familiar. Se siente que él ha meditado sobre las obras y las acciones de estas sombras majestuosas, cuyo reflejo vierte todavía claridad sobre nuestras almas y que los minutos cotidianos obscurecen y enferman. Esto no quiere decir que E. A. Robinson sea libresco. Ama la historia del pasado y las obras que lo relatan, pero el tema que obsesiona a este observador sintético de los acontecimientos y de los hombres es,

quiéralo o no, el problema de la vida interior que remueve los corazones y modifica constantemente la faz del mundo».

Al intentar una genealogía literaria de su autor, Jules Bois anota dos nombres: Browning y Emerson. Observa: «Es con el autor de «Paracelso» con quien E. A. Robinson ha sido comparado más a menudo. Pero Browning es más tumultuoso y correntoso. Abundancia que se aproxima a la prolijidad. Su émulo norteamericano tiene, por el contrario, una contención, una manera a veces tan elíptica de expresarse, que es necesario repasarlo dos veces para penetrar en sus arcanos. Esta es la única crítica seria que yo me atreveré a dirigirle». Y haciendo el paralelo con Emerson: «Sea lo que sea —y no estoy solo en esta opinión—, el maestro con quien E. A. Robinson tiene más contacto—no por su técnica, que lo acerca aparentemente a Browning, sino por la intención y por el espíritu, es un norteamericano de la época trascendentalista: Emerson. Emerson fué un gran poeta; se le ha olvidado muy pronto. El único volumen de versos que nos ha dejado condensa métricamente la esencia de los «Ensayos» que hicieron más tarde su reputación mundial. Que nadie se admire demasiado de este paralelismo entre las dos estrellas de la Nueva Inglaterra.

Ambos pertenecen a un mismo cielo interior aunque tengan una posición y un brillo distintos. La mayor, si es posible expresarse así tratándose de estrellas, es la precursora de la otra. Y uno de sus rayos nos permite calcular exactamente el parhelio de la otra. En términos más obvios, el hombre de Concord nos ayuda a comprender mejor al solitario de Peterborouh, tan mezclado sin embargo a nuestra vida moderna y a sus realidades más complejas».

Culmina el estudio de Bois con su interpretación de Dionysos en la obra de Robinson: «La cordura, unida al amor de la belleza, ha inspirado *Dionysus in doubt* y *Dionysus ana Demos* que, en la obra de este continuador de Emerson, tiene un lugar aparte.

El dios desterrado, que es por sobre todo el dios inflamado por el éxtasis y la inspiración, critica las costumbres de su tiempo. Satiriza sus virtudes puramente exteriores, máscara de la mediocridad recelosa; vilipendia el desprecio con que se pretende aplastar a los que quieren ser ellos mismos (ah! la explotación de los débiles por los poderosos); la injusticia; el «humbung» que quiere ocupar el primer puesto; la uniformidad y la «standarización» que invaden la sociedad; la creciente multitud de leyes que, a menudo, no son

sino trabas a la mejor expansión del individuo. Dionysos, el dios libre y liberador, estigmatiza a Demos como al peor de los tiranos».

Termina Bois: «Cuando las inteligencias lúcidas como ésta que hace hablar a Dionysos sean más numerosas y escuchadas, el Nuevo Mundo—esperemos que el Antiguo también—llegará a equilibrar en la vida práctica las dos fuerzas difíciles de conciliar, es decir, una alta moralidad de un lado y, de otro, la sana libertad del espíritu y el corazón. Para la elaboración de este evangelio social tengamos fe en la América de Lincoln, de Roosevelt, de Emerson y de los discípulos que, como E. A. Robinson, han llegado, a su vez, a ser maestros».

Tales son las líneas generales del interesante estudio que Jules Bois dedica al gran poeta norteamericano.—M.

Ojeada al teatro

contemporáneo

Un crítico y tratadista francés de mucho prestigio, M. Fortunat Strowski, es autor de un ensayo sobre el teatro europeo contemporáneo de que han dado cuenta algunas publicaciones extranjeras recientemente. De este trabajo de M. Strowski entresacamos algunas observaciones que nos parecen las más representativas.

«El teatro actual, el joven teatro desdeñado por las personas demasiado austeras e incomprendido por la gente poco informada, encierra tanta substancia y tanta psicología como el teatro de Augier y de Dumas. Esta substancia es la única que conviene al «hombre moderno», la única que responde a su avidez por conocerse y comprenderse.

En una comedia reciente, Jules Romains ponía en evidencia las desventuras del «hombre moderno» en pugna con la tiranía del mundo actual; el hombre moderno, que se ha revelado a partir del mes de Agosto de 1914, es un producto enigmático e inquietante que no ha tenido ni su Montaigne, ni su San Francisco de Sales, ni su Pascal ni su La Rochefoucauld. Tales moralistas no surgen todos los días. Por otro lado, la preocupación de observar y de pintar la naturaleza humana, ha pasado de los emoralistas a los novelistas, y de éstos, a partir de Balzac y Stendhal, a los dramaturgos. La novela, que, después de la guerra a tentado sustituir a los moralistas, no ha logrado revelarnos el secreto del hombre. La mayoría de los novelistas no ha podido desentenderse del carácter confidencial que, desde hace veinte años, caracteriza sus obras. Se sirven de su arte exclusivamente para ellos: no consideran más que el «yo».